

EL ECO DE CARTAGENA.

Lunes 19 de Enero de 1880.

LA CATASTROFE DE MURCIA ANTE LA CIENCIA.

Ante el espectáculo consolador y magnánimo que presta el País entero, atristado por la catástrofe de Murcia, acudiendo á manos llenas á remediarla, no puede ménos de verse con orgullo pátrio que España es un país que responde siempre de la manera más noble en todos los casos en que obra á impulsos del sentimiento. Por desgracia no puede irse otro tanto de todo aquello en que la acción procede del modo de pensar si tiene á su vez que basarse en útiles y profundos conocimientos prácticos, que puede esperarse lleguen á la multitud; pero sería de desear al ménos que se hallaran familiarizados con ellos los que pueden ejercer autoridad directa en la ejecución, así como aquellos cuyas altas posiciones sociales dan lugar á que una opinión suya se acate por millares.

Murcia y Orihuela han sido víctimas de una horrible catástrofe, en la cual, lo que se haga para remediarla, siendo muy digno de toda alabanza, es muy dudoso que guarde proporción con el grado del mal; pero, sobre todo, no hay esfuerzo humano alguno que devuelva al padre el hijo perdido en la inundación; no hay manera de remediar la orfandad del hijo cuyo padre arrastró la corriente; y si á esa indole de pérdidas de los amores del alma se agregan las lesiones acariciadas de mil maneras, se contrasta el espíritu al pensar en la suma de sufrimientos morales que en caso semejante se acumulan.

Pero ¿se trata de una de esas catástrofes absolutamente fuera del dominio humano? En nuestro juicio

no es así, sino en parte. ¿Hay dónde volver la cara para hallar un cargo que hacer? ¿Hay con quién encararse para señalarle á su paso con el dedo y decirle «ché aquí tu obra»? No, nosotros entendemos que sí y como nosotros no creemos que el caso de Murcia varíe del de otros muchos pasados y futuros, sino en los incidentes que fijan la entidad, queremos aprovechar ocasión tan propicia para insistir una vez más en ideas que siempre hemos sostenido, y que cada vez vamos más lejos de entrar en la vía en que pueden dar resultados prácticos.

El caso de Murcia, no tenemos duda alguna de que es uno de aquellos en que se demuestra que un volumen de agua determinado, que cae en una comarca accidental sobre rocas que están desnudas de tierra vegetal, por falta de arbolado que contribuya á descomponerlas y retener el agua, llega ésta con tal precipitación al cáuce de desagüe principal, que ese volumen de agua, que debiera ser de inmenso beneficio se convierte en horrible calamidad.

Concediendo por supuesto, que en este caso el efecto ha sido muy exagerado, es preciso darse cuenta de la enorme cantidad de agua que hubiera impedido que llegara á las huertas de Murcia y Orihuela, empapándose en agua una capa de tierra vegetal de 50 centímetros, mas las raíces, troncos, ramas y hojas de los árboles; agréguese á ella la facultad de absorber ese líquido que posee el humus, procedente de la descomposición de las hojas, así como la gran cantidad de agua que directamente se queda detenida encima de las hojas caídas.

Si creyéramos encontrar fácil y prontamente datos exactos sobre la cantidad de agua caída y la extensión de la comarca de que procede la que llegó á Murcia, los daríamos gustosos; pero seguros de que bus-

cando estos datos precipitadamente el peligro de su in-orrección sería grande, preferimos dejar bien determinado que el conocimiento de la localidad basta y sobra para poder afirmar que lo que ha agravado la catástrofe ha sido la falta de arbolado, quedando lugar á sospechar que ni aun si hubiera sentido efecto desastroso alguno á haberse hallado debidamente poblado todo el terreno que, científicamente considerado, debiera hallarse cubierto de especies arbóreas.

El ministerio de Fomento debe contar con personal y elementos materiales bastantes para hacer con el debido detenimiento, un estudio que enseñe cuál es la cantidad de agua, que ha pasado por la huerta de Murcia, y en cuanto tiempo; así como es de esperar que haya recursos suficientes para estimar cuál es el tiempo que debiera haber tardado en hacerlo á no hallarse aquella comarca en las desastrosas condiciones de despoblación de arbolado, que amenaza dejarla despoblada también de seres humanos.

Este estudio no dudamos que arrojaría datos tales que inspirasen la necesidad de la acción pronta aun á nuestros hombres de gobierno tan poco dispuestos á ocuparse de los intereses fundamentales del País, y tan activos cuando se trata de fruslerías.

Hace mucho tiempo que está reconocida en España, por los hombres de ciencia, la necesidad de equilibrar el terreno arbolado con el que no lo está; y en medio de muchas arrobos de papel invertidas en oficios, circulares, presupuestos y demás, el arbolado sigue el curso inverso de aquel á que toda esa inútil palabrería está encaminada, es decir, que aspirando á que el arbolado aumente, este sigue su progresión descendente, y todo esto consiste siempre en el mismo error.

Nos empeñamos aquí en descono-

cer que las cosas se hacen á virtud de la capacidad é idoneidad de los hombres, y en realizar obras materiales con papeles solos; ya tenemos buenos y elocuentes ejemplos de la necesidad absoluta de escoger bien al hombre para la cosa, y después de hecho esto confiar en él.

Es preciso ser muy ciego ó estar muy poco enterado para no saber que sin un general Ibañez en el Instituto geográfico, aquella dependencia, en vez de un establecimiento que honra al país, sería un inútil maremagnum, como tantos otros de su especie. Es preciso convencerse de que á la cabeza de cada servicio público del país es menester que haya una alta capacidad de una idoneidad especial para él, y teniendo ese amor y ese interés que da la conciencia de tener sobre sí la responsabilidad de llegar á un fin. Es menester que haya un director de correos que se sienta satisfecho si le dicen que hay un buen servicio, y que se ponga colorado si le dicen que se pierden las cartas y periódicos. Es menester que haya alguien que sea responsable de que la cuestión de arbolar los terrenos y las rocas descubiertas no siga el ridículo curso expeditivo que hasta aquí. Escasamente podría darse un trabajo más militar que ocupar muchos soldados con sus oficiales á la cabeza en los importantes trabajos de la repoblación de bosques.

Los ejercicios, las marchas y el acampar en despoblado, son todas operaciones útiles dentro de la más estricta jurisdicción militar; mientras que el trabajo de siembras y plantaciones está muy lejos de pertenecer al género de los que agobian ó debilitan.

La repoblación de los montes, siguiendo el camino que lleva, no hará más que consumir sumas inmensas en hombres que no trabajen; y sin que sea nuestro ánimo lastimar

FOLLETIN DEL ECO DE CARTAGENA DIA 19 ENERO 1880.

—29—

UNA VELADA EN EL MAR ROJO.

EPISODIOS INVEROSIMILES
POR ISIDORO MARTINEZ RIZO.

un gran frasco en él y lo di á Nagari.

A poco se oyó el tiro de un fusil; otros tiros siguieron, y llegaron las balas cerca de donde estábamos nosotros.

Un escuadrón de árabes, de piel seca y tostada por el sol, montados en magníficos caballos y armados de espingardas, corrían á rienda suelta hacia nosotros.

—Salvate, Shaib,— me dijo Nagari.— Súbete sobre el buitre y escapemos.

Yo no quise volar y me quedé. Los buitres espantados por los tiros, remontaron el vuelo.

—Adios buen Shaib,— gritaba Nagari desde su grifo,— que él te guarde y me ayude.

Sus últimas palabras apenas si llegaron á mi oído.

Yo saqué mi pañuelo y lo agité en el aire saludándole.

Esta acción me salvó.

Los árabes llegaron con sus alfanjes en las manos, fueron á acometerme ferozmente, cuando un gineco anciano, de lengua barba y venerable aspecto gritó á aquellos ginetes:

—Deteneos, perros malditos del infierno. ¿Queréis matar á un hijo

de la Gran Bretaña? Si dais un paso más voy á hacer que os empalen, miserables.

Yo no pude explicarme porqué el cherif, que tal era el anciano, adivinó mi nacionalidad; pero este se acercó, cruzó sus brazos sobre el pecho, cogió una punta del pañuelo, con el cual saludaba á Nagari, y lo besó con el mayor respeto. Aquel pañuelo era de seda y tenía los colores de Inglaterra; era un pequeño pabellón inglés.

Aquel cherif estaba á sueldo de la Gran Bretaña, bajo la autoridad de Sir Northampton, gobernador de Aden.

Fuí acompañado por los árabes á la colonia inglesa de la Arabia, y Sir Northampton me alojó en su casa con las mayores distinciones.

Ha transcurrido un mes desde

que llegué á Aden de una manera tan extraña; me disponía á partir para la India á seguir mis estudios sobre la flora de Himalaya, cuando por los periódicos ingleses supe la muerte de lord Rhutman, pariente de mi madre, que me legó en herencia su fortuna. Tal circunstancia me proporciona la satisfacción de conocer á Vdes. y de viajar en su agradable compañía.

—Que pase V. muy buena noche, señor lord Rhutman,— dije al inglés con tono epigramático,— y que no sueñe V. con los alados grifos. Señoras y señores...—añadi, y me marché á mi camarote.

No sé lo que pasó después de retirarme; únicamente supe que la velada continuó.

Reparada la máquina partimos al siguiente día.